

Para atrapar a Spielberg

Rodolfo Marcos-Turnbull

Quizás el Último wunderkind de la industria cinematográfica norteamericana ha sido Steven Spielberg. Hace años, durante el homenaje que por el conjunto de su obra le consagró, un tanto prematura y desafortunadamente (compárese la edad en que se lo hicieron a Bette Davis, Alfred Hitchcock, Billy Wilder o John Ford, por mencionar solamente a algunos de los más conspicuos) el prestigiado American Film Institute, se proyectó un clip en el que se veía al niño Spielberg filmando a los siete años una película casera -bastante coherente, por lo demás- con la cámara que le acababan de regalar. Para cuando cumplió 25 años ya los productores le empezaban a aflojar las carteras y a los 30 tenía en su haber un verdadero blockbuster: Tiburón, que en su momento rompió todos los récords de taquilla. A partir de ahí, proyecto que ha querido hacer, proyecto que ha hecho, sin importar su costo; y son pocas las estrellas que no han querido filmar con él: quizá con la excepción de Woody Allen, ningún actor en los Estados Unidos se siente tan halagado de ser llamado a trabajar con Spielberg.

Su filmografía, un tanto irregular, registra un montón de éxitos de taquilla. Pero también no pocos reconocimientos tanto de la crítica norteamericana que lo ha llenado de elogios, como de sus pares que le han dado muchos Óscares. Los taquillazos por sus películas apelan a un público eminentemente juvenil que se divierte con las historias de aventuras -muy bien contadas, por lo general: recuérdese la trilogía de Indiana Jones; y las buenas críticas y los premios por películas de más amplio "aliento" que se han centrado, sobre todo, en la búsqueda (y encuentro, de acuerdo con sus estándares) del héroe americano (o por lo menos, como en el caso de Schindler, de aquello que hace a un héroe a los ojos de un cierto sector del público). Estos héroes, con un alto contenido propagandístico-ideológico, terminan proveyendo la materia prima de la moralización de Spielberg, muy a tono con la idea americana de mostrarnos el camino.

Estas películas, las de la búsqueda y encuentro del héroe norteamericano, sin embargo, no difieren mucho de las que ha hecho de aventuras: en ambas se trata de destacar las mejores cualidades morales o intelectuales del personaje. Aún los Indianas, si bien resaltaban su fuerza física, ingenio, arrojo y demás,

no están muy alejados de un capitán de infantería John H. Miller que recorre la mitad de Francia en sentido contrario hacia donde avanzan los aliados, para rescatar a un soldado Ryan y regresarlo a su tierra para que se pueda reunir con su madre quien ya ha perdido en la desdichada guerra a otros cuatro hijos.

Quizá la única diferencia radica en lo que para los norteamericanos consiste ser la confusión entre la idea de realidad y la de verdad. Finalmente, el uso indiscriminado que se ha hecho en el cine y la televisión norteamericana de "basado en hechos de la vida real" o la más absurda de "esta es una historia real", deja de lado que el concepto de "real" no se excluye de ningún relato de ficción. O ¿alguien duda aún del valor como real y hasta de realidad (¿pero de cuál?, he ahí el problema que la filosofía no ha podido resolver) que tiene un sueño, un pensamiento, una idea? La aclaración a la que acuden los guionistas, productores y directores americanos es aun más patética porque están convencidos de que eso provoca (y en efecto logra) que su incauto y generalmente sensiblero auditorio se coloque frente al filme como si fuera un documental-ficción y eso mismo le diera más valor a la historia, pero sobre todo, porque se reflejaría en la taquilla.

La última película de Spielberg, Atrápame si puedes (Catch me if you can, que, ¡albricias!, respeta el título original), adolece de tal confusión. La aclaración de que la historia que va a contar está basada en "hechos reales" pretende subsanar la falta. Pero, aparte de eso, y de su excesiva duración, esta película resulta ser la primera obra de madurez, casi diría yo de adulto, del cineasta que está por cumplir 56 años.

El título modifica ligeramente el de una comedia británica de 1965 de John Boorman Catch us if you can (pero a la que le cambiaron el título por el de Having a wild weekend, estelarizada por el muy poco conocido conjunto de rock The Dave Clark Five, muy popular en esa época en Gran Bretaña) pero se acerca mucho más a To Catch a thief, Para atrapar al ladrón, de Hitchcock, 1955, con Cary Grant y Grace Kelly. En ésta el héroe es un ladrón reformado que es acusado de nuevo por un robo de joyas. Obviamente no se trata de él, pero al público no le hubiera importado demasiado que lo hubiera sido, toda vez que estaba totalmente seducido por esa pareja ideal: el galanazo de Grant y la hermosísima futura princesa.

Atrápame si puedes relata la historia de Frank P. Abagnale Jr., interpretado por Leonardo Di Caprio, que era un consumado falsificador y estafador a la edad de 17 años. Hijo de un ex soldado estacionado en Francia durante la

segunda guerra mundial y de una francesita no muy fiel a su marido, puede leerse como una comedia cuya sustancia serían todas las situaciones de engaño y las técnicas (aún primitivas pero que se irán sofisticando conforme avanza el relato) de falsificación empleadas por el audaz joven. Ver cómo engañan a otros que se creen listos siempre provoca risa; ver cómo alguien es capaz de salirse con la suya frente al poderoso, es reconfortante y la moral no importa demasiado.

Pero la anécdota verdaderamente interesante la encontramos en el desarrollo de la relación de Frank junior con Frank senior. Y esta relación es la que nos enseña, quizá por primera vez, a un Spielberg capaz de relatar una historia sin pretender dar lecciones morales o de heroísmo, o a un Spielberg que solamente quiere entretener o apantallar jovencitos con su habilidad técnica (Inteligencia artificial o Minority report).

Desde niño, nuestro chico Abignale participaba en las múltiples ocasiones en que el padre, para salir de apuros, inventaba historias fantásticas, todas muy creíbles, por lo demás, y utilizaba trucos seductores para obtener lo que quería: hacer aparecer, como prestidigitador, una cadenita con medalla y ofrecerlo a las mujeres "como si lo hubieran perdido", para, digamos, sobornarlas. Este truco será repetido muchas veces después por el hijo.

La carrera del junior, hilarante por audaz, tenía, sin embargo, un fondo casi infausto o, por decirlo con otras palabras, muy conmovedor (y por eso, el tono de comedia se va desvaneciendo poco a poco para transformarse en drama): capaz de engañar a las grandes compañías aéreas, y a más de un banco pero, sobre todo a un equipo de investigadores del fbi encabezados por Tom Hanks, era absolutamente incapaz de darse cuenta de la desdicha de su padre y de cómo éste había perdido a su madre, entre otras cosas, porque ella se había dado cuenta de la simulación en la que vivía. La ceguera del hijo para aceptar la verdadera vocación de looser del padre, solamente es develada cuando éste, quizá en un último intento por recobrar su dignidad, le explica, con todas sus letras, la situación entre él y su esposa. Pero entonces, a pesar de tal revelación, el joven estafador (a estas alturas, cuando ya ha cometido fraudes y falsificaciones por cuatro millones de dólares) decide que seguirá su carrera criminal para que el padre pueda recobrarla. En una escena muy conmovedora, el padre, interpretado lúcidamente por Christopher Walken (seguramente favorito para algún premio por su interpretación) reducido a conserje, lo confronta con la dura realidad: la madre ya se volvió a casar y la ha perdido. Todavía Frank Jr. se niega a aceptar lo incuestionable. Quizá es

por eso que tuvo tanto éxito: a partir de su negativa a aceptar las evidencias era capaz de hacer que los demás se colocaran frente a él mismo de igual manera; incapaces de aceptar que esta especie de reencarnación de James Bond tuviera 18 o 19 años, se tragaban todo lo que él les dictaba.

Pero finalmente llega el momento en que no puede continuar corriendo-huyendo de la dolorosa verdad y es cuando, literalmente se deja atrapar. En el fondo el título de la película señala una verdad: "si puedes". El investigador del fbi solamente puede cuando Abingdale se lo permite.

Quizá uno de los éxitos de la película (no sé si muy advertido por Spielberg) radica en la certeza de la incapacidad de Frank para disfrutar el dinero estafado. La persistente tristeza que Di Caprio imprime al rostro de su personaje refleja tal discapacidad: es como si todo lo que hacía, todas las maquinaciones, las falsificaciones, los engaños ni siquiera eran para su beneficio o placer sino más bien unos intentos desesperados para reunir de nuevo a su familia.

Una última palabra sobre la ambientación: como es una película "basada en hechos reales" y como Spielberg es un cineasta realmente muy cuidadoso con los pormenores, no hay un detalle por nimio que sea, que se le escape: desde los créditos mismos, que constituyen una especie de homenaje a los de las comedias de los sesenta con gráficas y letras en movimiento, y teniendo un fondo musical que recuerda esos años, hasta la fotografía misma, un tanto deslavada por efecto de la iluminación; todo hace absolutamente verosímil la historia. Por eso resulta absurda e innecesaria la dichosa leyenda de la historia "real". ¿No se trata, en última instancia, de una historia que por ser común constituye una verdad verdadera?